

FORMACIÓN Y EL DEBATE CIENTÍFICO. UNA MIRADA PERSONAL DESDE LA ECONOMÍA APLICADA

José Luis García Delgado

Catedrático de Economía Aplicada. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El rectorado de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo me concedió, entre otros, el privilegio de conocer y estar cerca de reputados investigadores y docentes en campos alejados del que me es más familiar como profesor de Economía Aplicada y estudioso de historia contemporánea. Sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza y de la vida, se hizo habitual en el Palacio de la Magdalena, y durante semanas enteras, la presencia de no pocos hombres y mujeres con bien ganado prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras. Lo facilitó el compromiso que adquirió el equipo rectoral de dar continuidad a esas comparecencias, creando las Escuelas correspondientes de obligada convocatoria anual. Fue el caso de la *Escuela de Biología Molecular “Eladio Viñuela”*, dirigida por Margarita Salas, y frecuentada cada verano por un seleccionado grupo de sus mejores colaboradores o discípulos, como Yolanda Revilla o Luis Blanco, por nombrar únicamente a dos bien representativos.

Así pude coincidir durante casi un decenio con Margarita Salas, y compartir jornadas con la persona de la que antes me habían dado elogiosas referencias Francisco Grande Covián y el propio Severo Ochoa (este en 1979 y 1980); con una mujer —voluntad férrea dentro de una figura frágil— que aunaba excelencia investigadora y calidad moral.

Retomo en las páginas que siguen un texto que por doble motivo tiene sentido dedicar ahora a Margarita Salas. Uno, el tener su origen en una conferencia dictada en el Instituto de España, del que ella fue directora. Segundo, por el tema tratado: mi acercamiento formativo a la ciencia y el interés por el debate científico entre economistas. En su día, hace ya casi quince años, fue por mi parte un atrevimiento entrar en ese territorio, al que he dedicado poca atención como estudioso, y ahora, sin duda, lo es todavía más dado el tiempo transcurrido desde su primera redacción. Nada original puedo aportar, salvo lo que de testimonio generacional tenga lo que sigue. Ojalá, en todo caso, no resulte del todo ocioso: parafraseando lo que dijera Ortega en el “Prólogo para franceses” de *La rebelión de las masas*, la caridad más propia de nuestro tiempo es no publicar páginas superfluas.

* * *

Al recordar mi aproximación personal a lo que es y a cómo se hace ciencia, distingo tres peldaños con una cierta cadencia temporal.

Quienes iniciamos los estudios universitarios en España con la década de 1960, tuvimos la suerte de disponer pronto (la primera edición es de 1963) de una atractiva introducción general al desarrollo de los principales campos de la ciencia: la obra de Pedro Laín Entralgo y José María López Piñero, *Panorama histórico de la ciencia moderna*, obra didáctica con doble y complementario eje expositivo: el del tiempo —para recorrer las creaciones científicas más significativas desde el Renacimiento hasta la primera mitad del siglo XX—, y el de los principales campos de especialización en unas y otras épocas.

El segundo peldaño, unos años después, lo aportan obras con más intención analítica e interpretativa, pero también con mayor carga ideológica bajo el manto abarcador de grandes macrovisiones, tan difíciles de evitar entonces. Entre las que recuerdo mejor, anotaré solo dos aquí: la

Historia social de la ciencia, de John D. Bernal (con dos tomos aparecidos en 1967) y *Ciencia y Política en el mundo antiguo*, de Benjamín Farrington (que se traduce en 1965).

El tercer escalón formativo en ese recorrido personal —acaso representativo del de una hornada generacional—, es el trabajo a fondo de obras de grandes autores accesibles en el mercado editorial español por aquellos años. No intentaré hacer ninguna relación completa de títulos, pero sí he de mencionar aquellos en los que me demoré con más provecho y gozo intelectual. En tres de ellos coincide la fecha de aparición, 1961: *La imaginación sociológica*, de Wright Mills, un libro que debería conocer no sólo todo científico, cualquiera que sea su campo de especialización, sino también todo profesor universitario; *Teoría del saber histórico*, de José Antonio Maravall, toda una revelación del buen criterio en lo concerniente al mundo científico por parte de quien ha sido un maestro de historiadores, y *La miseria del historicismo*, una casi obligada introducción al universo popperiano que nos abrió a las gentes de mi edad el libro colectivo *Ensayos de la Filosofía de la Ciencia. En torno a la obra de Sir Karl P. Popper* (1970).

Algo después, entre los años sesenta y setenta se publican en España también otros tres títulos con merecida influencia: *La perspectiva científica*, de Bertrand Russell, en una traducción revisada por Manuel Sacristán (1969), quien a su vez traduce *Historia del análisis económico*, de Joseph A. Schumpeter, obra que es un prodigio de vigor intelectual, tan ambiciosa como lograda, por más que su autor no pudiera verla terminada cuando muere en 1950 (la edición original en inglés es de 1954, publicada sobre la base del manuscrito por Elizabeth Boody Schumpeter, y en España la primera edición es de 1971); tercera, *La estructura de las revoluciones científicas*, el libro de Thomas S. Kuhn llamado a ser más citado que leído durante largos decenios (publicado en español en 1971, nueve años después de la primera edición en inglés).

Un ramillete, en su conjunto, de obras capitales para modelar planteamientos y opciones intelectuales. Y, como ocurre siempre con los mejores libros, su utilidad fue doble: además de aportar conocimiento, proporcionan criterio para desechar literatura prescindible. Yo les tengo que agradecer, por ejemplo, el no enfangarme en tantos títulos menores de marxismo vulgar y de estructuralismo *prêt-à-porter* que hacían furor en aquella época, cuando los mandarines parisinos y su adláteres marcaban territorio

* * *

A lo largo de mi desempeño como profesor universitario durante medio siglo, he constatado que el interés de los economistas académicos españoles por las cuestiones epistemológicas ha declinado ostensiblemente. Dicho en términos equivalentes, las exposiciones y debates sobre los fundamentos y los métodos del conocimiento científico tienden a desaparecer de la agenda de los investigadores y docentes de economía en nuestros recintos universitarios. La situación actual, anémica de este componente nutritivo del trabajo intelectual en aulas y departamentos, contrasta, desde luego, con la que yo conocí al iniciarme como profesor de Universidad, al final de la década de 1960.

¿Qué razones pueden explicar esa deriva? Me atrevo únicamente a apuntar tres circunstancias. Las dos primeras son de índole administrativa, resultado de medidas de política educativa. Por una parte, la creciente segmentación entre los estudios de economía general y los de economía de empresa o, como hoy se dice, entre los estudios de economía, sin más, y los de administración y dirección de empresas; una división que ha terminado por conformar espacios propios diferenciados sin apenas comunicación, con muy escaso flujo de intercambios conceptuales e instrumentales, y con merma en ambos ámbitos de la reflexión sobre la entidad científica respectiva.

Por otra parte, se trata de la supresión del obligado ejercicio sobre “concepto, método y fuentes” que antes se precisaba para acceder a los puestos de mayor responsabilidad en la carrera universitaria, lo que ha facilitado el descuido, cuando no el abandono, de todo lo concerniente a la

epistemología por parte de muchos investigadores y docentes. Es cierto que se trataba de una prueba paulatinamente degradada a base de rutinas y convencionalismos admitidos por casi todos —estoy refiriéndome a oposiciones y concursos a cátedras en Facultades de Economía y Empresa—, cada vez menos estimuladora del esfuerzo personal y, por tanto, abocada a reformarse; pero también es innegable que su eliminación ha redundado en la plena marginación de esas cuestiones a la hora de preparar proyectos de investigación y programas de asignaturas. La carrera completa de un investigador y docente universitario puede transcurrir hoy, entre nosotros, sin tener que dedicar una hora de su tiempo a los problemas epistemológicos sobre los que su trabajo se asienta.

La tercera circunstancia, en fin, que puede estar influyendo en esa dirección es la especialización reduccionista que hoy predomina entre los investigadores en unos y otros campos del análisis económico. El problema no es la especialización, sino el asumirla dejando de lado plenamente, no sólo territorios contiguos susceptibles de dotar de mayor relevancia y significación a lo que en el escogido se halla, sino también la meditación sobre el sentido y la base científica del trabajo propio. El incesante refinamiento cuantitativo e instrumental, en general, juega hasta cierto punto como sustituto o coartada, ganándose en formalización lo que se pierde en capacidad para enmarcar adecuadamente el tema analizado y ofrecer interpretaciones de cierto alcance.

Cede y declina, en definitiva, la relevancia del debate científico entre los economistas académicos españoles. Y —permítaseme la ironía— de la luz de bombilla desnuda sobre extensas parcelas de la realidad que daban nuestros trabajos de antaño, se ha pasado a iluminar cuadrículas, a veces de ínfima dimensión, con flexos de diseño y lámpara halógena. No estaría mal hacer un análisis coste-beneficio sobre lo que con el cambio se gana y se pierde.

Hay, en todo caso, algunos hechos que apuntan en una dirección positiva. Al menos, dos pueden apuntarse aquí, aunque sean de distinto orden. Uno es el predominio del trabajo en equipo para investigar en campos hoy punteros de economía aplicada y que exigen la presencia de científicos y tecnólogos. Sobran los ejemplos: economía de la salud, que facilita precisamente el concurso de biólogos, de médicos y de especialistas en nutrición; economía del transporte, que requiere ayuda de ingenieros, pero también de físicos en ciertas ocasiones; economía del medio ambiente, que obliga a contar con químicos y bioquímicos; economía de la energía, que lo hace con químicos y físicos; economía del cambio técnico y de la innovación... y un largo etcétera. Los procesos de ósmosis, de influencias cruzadas que en esos equipos pluridisciplinarios se generan, han de redundar en la ampliación de intereses intelectuales de sus miembros y en el cotejo de los planteamientos respectivos con que se acomete el trabajo científico. Los economistas no saldrán perjudicados.

Un segundo hecho ciertamente esperanzador —y sirva de punto final— es el vigor que están adquiriendo en la España de nuestros días algunos de esos dominios científicos con los que la economía aplicada comparte parcelas: desde la biología y las neurociencias, a la ciencia y la ingeniería de los nuevos materiales; desde la física y la química orgánica, a las matemáticas y la farmacología. Mis años al frente de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo —vuelvo al comienzo de estas líneas— me han proporcionado un observatorio inmejorable para apreciar el despliegue de talento y laboriosidad en esos campos, con magisterios que se escalonan generacionalmente y afirmación de líneas de investigación. La Escuela dirigida por Margarita Salas lo revelaba ejemplarmente, puedo atestiguarlo.